

Artistas castellano-manchegos de hoy

ISIDRO ANTEQUERA



Dos son los grandes amores de Isidro Antequera: La Mancha y la pintura, entendida como gozoso ejercicio de una técnica que ha de primar por encima de otras consideraciones. Es admirable esta fidelidad del pintor a esas dos líneas maestras de su obra que son consecuencia lógica de sus circunstancias personales en primer término, pero también de una elección asumida libremente de acuerdo con su propio concepto del arte. Manchego de La Solana, fundamentalmente autodidacta a pesar de su aprendizaje bajo la guía de Enrique Bráñez primero y José Frau posteriormente, emerge al mundo de la creación artística cuando éste se encuentra dominado por las tendencias oficiales encabezadas por un Eugenio Hermoso o un Eduardo Chicharro, por ejemplo, en cuya obra el joven Antequera admira la limpieza del color, la técnica impecable, la importancia del dibujo... Añadamos a esto una forzada y nutrida larga dedicación inicial a la decoración, y nada menos que a la decoración cinematográfica con su absoluta exigencia de realismo, a más de una todavía más temprana etapa de fotógrafo, siguiendo las huellas de un padre que no llegó a conocer por su temprana muerte. Todo, en la vida de Isidro Antequera, en sus años de formación especialmente, forjará su talante artístico y diríamos

que también humano en la dirección que el pintor de La Solana, y ahora hondamente de Campo de Criptana, ha seguido con absoluta honestidad, con la sincera afirmación de un credo de que tan faltos andan y tantos creadores atentos principalmente a barruntar y adoptar los modos y modas de cada instante.

Pero, aparte de ese comprensible amor filial hacia la Mancha al que ya hemos aludido como motor de la obra de Antequera, la elección de su tierra como fuente temática es asimismo coherente con su modo de entender y hacer la pintura, de modo que lo uno es consecuencia de lo



otro y viceversa, porque en las planicies suavemente onduladas de Campo de Criptana, heridas de sol y tan ricas de tonalidades, en los rincones urbanos, en los caseríos que ofrecen sus amplias superficies geométricas, sus blancos desafiantes, sus difíciles perspectivas, sus infinitos planos... el arte de Isidro Antequera encuentra los temas idóneos, los sujetos donde ejercitar una y otra vez ese oficio sólido y simple que le apasiona.

Por eso, aunque Antequera con su, en una primera impresión insospechada, movilidad vaya y venga por Madrid, por la Península entera, y haya viajado en el exterior, eligió residir en Campo de Criptana no sólo para convertirse en su máximo intérprete plástico sino para transmitir a sus alumnos de la Escuela Local de Pintura de la que es Director y único —por ahora profesor—, ese amor por la técnica, esencial para toda empresa artística, cuyos secretos se esfuerza en transmitirles.

Y que no se confunda todo lo anterior con una limitación artesanal o una vuelta de espaldas a otras consideraciones anejas al empeño artístico porque lo asombroso es que este pintor de tan difíciles comienzos, tan obligado por la ineludible razón vital al trabajo de encargo en distintas etapas, ha mantenido siempre una fuerte vocación hacia muy di-